

Sonia García Soubriet

La desesperación del león
y otras historias de la India



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

© Sonia García Soubriet, 2014

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2014

ISBN: 978-84-15740-14-8

Dep. Legal: P-5/2014

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

1115 Main Bazar

Para Felipe

Hacía tiempo que había caído la noche y en el Main Bazar se recogía con largos ganchos la mercancía expuesta a la entrada de los comercios y se oía el chasquido de las cortinas metálicas. Las primeras en cerrar eran las farmacias y alguna de las tiendas de textiles que andaban muy sobradas de clientes. La que se resistía hasta última hora era la perfumería de al lado del Camran, grande y profunda, flanqueada por dos elefantes de madera, y en medio, una mesa muy larga donde se amontonaban las cajas de incienso. A partir de las once empezaban a marcharse los carritos ambulantes de comida donde la gente se arremolinaba todavía. Luego, solo permanecerían abiertos los locutorios, y el Main Bazar, después de la intensa jornada, quedaría extrañamente vacío, desangelado, lleno de papelotes y con las vacas basureando. El personal del Camran, antes de cerrar sus puertas, esperaba a los huéspedes que solían regresar en pequeños grupos de los restaurantes del

barrio, el Cosla y el Malotra, o en rickso si venían de Connaught Place: del York, del Nirulas o del Coffee House. Varun, el mánager, casi nunca acompañaba a los clientes, muchos de ellos amigos, a no ser que se celebrase algún acontecimiento especial. Si no iba a la sesión de noche del Regal Cinema, prefería que los niños le trajesen comida del barrio y cenar temprano para beber después en soledad hasta que se iba a la cama, media botella o más de whisky indio con un poco de agua. Luego, cuando los huéspedes regresaban, la noche se precipitaba. Dormían Varun y los tres chicos en la recepción, y algunas veces Chandra, cuando tenía que llevar a algún cliente al aeropuerto antes del amanecer. Solo Khan, al que le gustaba leer y tener su intimidad, ocupaba una de las habitaciones de arriba junto a la terraza.

El Camran siempre estaba lleno desde septiembre hasta mayo cuando el calor ponía fin a la temporada. Varun trabajaba desde los dieciocho años en ese hotel de musulmanes, propiedad de la familia Camran. Como mánager había visto pasar extranjeros de toda clase y condición y todos encontraban su sitio; así era la India. El Paharganj, cercano a la estación de Nueva Delhi, era un barrio comercial. El Main Bazar una calle larga atiborrada y confusa de casas, comercios y marañas de cables de electricidad. En las tiendas se vendían textiles, perfumes, calzado, plata, bisutería, incienso, especias, medicinas, maletas; también tabaco y alcohol de contrabando, hierba, heroína, billetes de avión de bajo coste a Kazakistán y a las nuevas Repúblicas Soviéticas. No muy lejos estaba el Tibetan Market, Yan Phat, el

Chandni Chowk, Laxmi Nagar y otros, porque todo Delhi era un gigantesco mercado. A la entrada del Main Bazar había pensiones baratas, restaurantes con menús de cuatro rupias donde colgaban pollos tiesos al tando-ri. Desde allí se podía ver el puente elevado que cruzaba la multitud y se oían los largos pitidos de los trenes: el Rajdhani Express, el Shatabdi, el Mewar o el Tamilnadu Express, 17, 34, 57 horas de viaje, hasta los confines de la India. Trenes anchos de color herrumbre y ventanas con barrotes. Paralelo a las vías corría un camino arbolado donde gritaban los cuervos y transitaban los funcionarios del ferrocarril. Fuera, la tapia que cercaba la estación olía a orines rancios y junto a los templos y los puestos ambulantes se agrupaban los ricksos y los taxis. Los viajeros que aterrizaban en el Paharganj solían estar pocos días. Esperaban su tren deambulando por vieja Delhi o Connaught Place, durmiendo en ratoneras estrechas con ventanas enrejadas y compartiendo shilons, hasta que un día desaparecían al anochecer en un vagón atestado de segunda clase, camino del Rajasthán, Benarés o Calcuta. En el Paharganj solían parar en el Cosla, cuya manoseada carta ofrecía una gran variedad de platos de comida occidental, china e india que salían a toda velocidad de una cocina a la que ningún cliente tenía acceso. En la parte de fuera, una mesa larga y corrida, presidida por una australiana, era el centro de información de contertulios que se iban renovando a lo largo del día; allí se intercambiaban noticias, consejos y direcciones, y se hablaba de viajes, aventuras, y experiencias extraordinarias. Al Paharganj habían

ido llegando también compradores por oleadas: rusos, polacos, italianos y españoles. El barrio cambiaba sus carteles y menús de una lengua a otra, y rápidamente se aprendía lo necesario para el negocio, luego todo se olvidaba con la misma facilidad, sin pena. Las polacas y las rusas llegaban solas y por poco tiempo. Solían alojarse en hoteles con fachadas de lujo postizo y habitaciones baratas. Eran mujeronas rubias, altas, de piel nacarada, manos anchas, piernas poderosas y cuerpos grandísimos. Indiferentes al entorno, vestían trajes de verano con amplios escotes y zapatos de tacón pasados de moda. Compraban medicinas, calzado, ropa que se llevaban en fardos gigantescos. Por la noche se las veía en los restaurantes del barrio emborrachándose en compañía de indios enjutos, pequeños y oscuros, a los que mostraban sin pudor esa abundancia de carne que ellos recorrían con una mirada de asombro y risa. Luego desaparecían, también sin pena. La clientela del Camran era más o menos fija; primero llegaron los italianos luego los españoles; mochileros, paqueteros, porreros que se instalaban el tiempo que durase hacer su negocio. Muchos vivían del pequeño comercio de bisutería y ropa defectuosa, o confeccionada por los sastres del barrio, que luego mandaban en paquete postal. Otros lo hacían temporalmente para pagarse el viaje, las drogas y la estancia. Varun daba noticia a unos de otros, les transmitía mensajes o cartas, los ponía en contacto y facilitaba encuentros. Les guardaba en el hotel las bolsas con sus pertenencias hasta la siguiente temporada. De todo ello informaba a los que llegaban, llamaban y

preguntaban, al tiempo que les conseguía billetes de tren, taxis y les cambiaba los dólares por gruesos y grasientos fajos grapados de diez mil rupias. El hotel estaba en la mezquita del barrio. Sus cúpulas y minaretes de piedra rosada apenas si destacaban entre la caótica y decrepita línea de fachadas. Camran Primero había llegado astutamente a aquel extraño acuerdo con la junta de musulmanes del barrio, insistiendo en la necesidad de darle alguna utilidad al templo, entonces muy escaso de feligreses, y obtener a la vez unos ingresos que permitiesen mantenerlo, aunque fuese por el irrisorio alquiler de una rupia al día, que era lo que él les pagaba. Por entonces, Camran Primero era un hombre con poder e iniciativa, dispuesto a sacarle provecho a todo. Varun era su mejor baza, aunque no fuese musulmán. Desde el primer momento fue su hombre de confianza; él era el que mandaba y decidía quién podía alojarse en el hotel y quién no. A su único hijo, Camran Primero prefería mantenerlo alejado con el pretexto de que todavía era demasiado joven. Solo lo llevaba algún domingo por la mañana para contentar a su mujer, que insistía en que su primogénito se fuese familiarizando con el negocio. Sin embargo, Camran Segundo, un muchacho grande y gordo de mirada mortecina, nunca pasaba más allá del banco de la recepción donde se sentaba con su bolsa de papel grasiento a engullir pakoras, sin prestar atención a las conversaciones de los dos hombres, ni a la fingida formalidad de sus gestos al revisar las cuentas, puesto que las cosas habían quedado claras entre ellos desde el primer momento. Camran

Primero pasaba todas las tardes en el hotel dedicándose a lo que le gustaba: su partida de póquer, sus copas, sus amigos y de vez en cuando alguna putilla que recibía en una habitación apartada. Varun era una sólida barrera que protegía su intimidad de cualquier intruso o visita inoportuna. A cambio de ello, el mánager tenía carta abierta para montar sus negocios particulares con los clientes y beneficiarse con las comisiones.

El hotel y el templo compartían la misma entrada; a la izquierda la recepción y a la derecha, unas angostas escaleras llevaban al interior de la mezquita. El Camran era profundo y oscuro, y estaba pintado de azul turquesa. Lo separaban del lugar de culto muros carcelarios con gruesas celosías y ventanas muy altas y pequeñas que apenas dejaban entrar la luz. Una vez en el interior se tenía la sensación de estar en una piscina de agua turbia, muy azul, que cubría sobradamente. Abajo, además de la recepción, junto a la cocina, había unas letrinas que utilizaban los comerciantes del barrio, por lo que había un constante entrar y salir. Como única arma contra las ratas y los ratones, el hotel tenía tres gatos medio salvajes que se escurrían por las paredes bufando a todo el que encontraban. Las habitaciones tenían suelo ajedrezado y un mobiliario mezquino. Las había sombrías y espaciosas como la catorce o la dieciséis que daban al patio de la mezquita con su vida soterrada de rezos, gritos de aguiluchos y voces rutinarias de la familia del imán. Otras eran luminosas y polvorientas, como la trece

y la quince que miraban al Main Bazar con sus nudos de cables eléctricos y el fragor constante del barrio. Las había también como celdas que daban a los pasillos azules del Camran por cuyas tripas, siempre en movimiento, resonaban las cañerías, los chorros de agua, los pasos que subían y bajaban, voces de los huéspedes pidiendo el *chai* y los cubos de agua caliente para la ducha. Por las mañanas, todo ello daba vueltas entre olores de té, letrinas y jabón, mientras el personal del hotel andaba atareado con los que se iban y los que llegaban, las duchas y los desayunos. Por las tardes, todos se quedaban en la recepción con su luz azul de piscina donde flotaba un aire viciado a curry, tabaco y alcohol de las largas partidas de póker de Camran Primero y sus amigos. Khan solía sentarse cerca de la entrada, un poco apartado de todos, y apoyándose sobre una carpeta escribía a su novia, que vivía en su pueblo en Uttar Pradesh, cartas larguísimas con su caligrafía elegante, y le dibujaba con un compás flores y estrellas que luego coloreaba. En esa hora espesa del Main Bazar, Varun vivía su fiesta particular. Siempre bien vestido y planchado, con los zapatos relucientes, contemplaba la calle pasándose de vez en cuando el peine frente al espejo de mano clavado en una de las columnas. Solía quedarse cerca de la puerta, no muy lejos del mostrador de la recepción donde guardaba su copa, en un cajón entreabierto que alcanzaba fácilmente girando sobre sus talones. Aquellas copas solitarias eran el premio a la jornada que estaba a punto de finalizar, al dinero ganado, a sus gestiones eficaces, y una celebración anticipada de todos esos planes futuros que

rondaban por su cabeza, de negocios, amores y vacaciones. Aunque a Chandra no le gustaba beber se entendía bien con Varun. Solían irse juntos un par de veces al año a pescar a una reserva cerca de Bombay. Compartían también el gusto por el cine, las mismas actrices y películas de risa, acción y amor. Chandra solía aparecer a última hora por el Camran; pequeño, fornido, con su chaqueta gris de corte militar y sus ojos un poco saltones. Era conductor de motorickso y trabajaba con muchos clientes de los hoteles del barrio que le proporcionaba Varun. Los llevaba a los almacenes alejados de Laxmi Nagar, en el Trans Yamuna, para hacer sus compras. Les hacía un recorrido por el Chandni Chowk o el Fuerte Rojo, o a conocer Jama Masjid; a veces también al aeropuerto. Siempre tenía trabajo porque era muy simpático y cobraba lo justo. Aunque no vivía en el Paharganj, le gustaba el barrio, y entre carrera y carrera, se pasaba todo el día allí. Además de las mujeres y conducir su motorickso, el cine era la gran pasión de Chandra. Podía recordar cientos de escenas, canciones, besos, bromas y expresiones, con una precisión sorprendente. Adoraba las salas atestadas, las colas ante las taquillas, la emoción de la espera, las carteleras, los gritos y aplausos del público. Cenaban siempre los tres, Varun, Khan y Chandra, cuando se marchaban los de la partida, excepto las noches que ponían alguna buena película de Amitabh Bachchan. Entonces Khan se quedaba con los niños ocupándose de la recepción, y Chandra y Varun se iban al Regal Cinema a ver al actor favorito del país: tres horas y media de película y un descanso con tiempo suficiente

para comerse unos pakoras. Al acabar regresaban dando un paseo para poder comentar cada detalle. Muchas de esas noches de cine, como ya era tarde, Chandra se quedaba en el hotel sumándose al grupo de la recepción. Después de limpiar el rincón de Camran Primero y sus amigos, colocaban los colchones en el suelo en fila desde la puerta de entrada, y antes de dormirse Chandra les hacía una crónica detallada de la película con tarareos de canciones y sin cansarse de repetir lo guapa que era Rekha o Madhuri Dixit.

Hacía tiempo ya que la australiana había vuelto al Paharganj convencida de que su vida pertenecía a ese barrio cutre y polvoriento que había crecido junto a la estación de Nueva Delhi. El mejor sitio, según ella, para tomarle el pulso a la humanidad y conocer sus anhelos y miserias. Lo encontró tal y como lo había dejado tiempo atrás, con sus casas carcomidas, sus comerciantes soñolientos, los mismos olores, el mismo trasiego de gente, y enseguida retomó su sitio en el Cosla como si nunca se hubiese ausentado. Desde entonces pasaba siete meses al año presidiendo la mesa larga de la terraza, atrincherada por pantalones y kurtas descoloridas que colgaban en los puestos de al lado y sentando cátedra como le venía en gana. En el Camran se alojaba siempre en la misma habitación, sin baño, austera y básica como la de una mormona, que mantenía impoluta y siempre con un suave olor a jabón Chandrika, que permanecía unos días después de que ella se fuese. Junto a

la cama tenía una alfombra de paja; al lado, una pequeña mesa con una Biblia y su cuaderno de notas. Bajo la ventana, perfectamente alineados en el suelo, varias guías y libros de información sobre la India. Su único lujo era un hornillo eléctrico y un cacito para el té. Cuando se iba lo metía todo en una maleta que le daba a Varun para que la guardase hasta su vuelta. Con él era con el que hablaba en el hotel y el único que podía entrar en su habitación. Por las noches, ya tarde, cuando los huéspedes volvían de cenar, veían a veces desde la calle su ventana abierta y la bombilla encendida. Era la única hora, como le decía a Varun, en que no se oían los gritos de los españoles en el hotel y podía leer tranquila. Cuando le preguntaban sobre la incomprensible vida de la australiana, Varun, con esa indiferencia que sentía ante las rarezas y extravagancias de los extranjeros, solo respondía que era una profesora jubilada y que tenía una hija que nadie había visto jamás. No solía mencionar que su amistad se remontaba a los comienzos del Camran, cuando Chandra, recién llegado de Amritsar, apareció acompañado de aquella mujer extraña, bastantes años mayor que él, de la que se había enamorado. La historia, aunque intensa y apasionada, duró poco, pero lo suficiente para desbaratar la vida de la australiana que regresó sola a su país y durante varios años no se supo nada de ella. Solo Varun, de vez en cuando, recibía una larga carta suya de letra apretada en la que le pedía noticias del barrio, sin mencionar el nombre de Chandra. Todas las mañanas, después de hacer unos recados, vestida como una *hippie* pudorosa, con su largo y ondula-

do pelo plateado que le daba un aire de virgen vieja, la australiana se encaminaba hacia su lugar, donde pasaba gran parte del día, sentada en la mesa corrida, tomando té y charlando con los contertulios. Era ella la que los elegía clavándoles sus ojos escrutadores. Si alguien desconociendo las reglas se sentaba sin ser invitado, solo encontraba la fría y educada indiferencia de todos los de allí orquestada por ella. Despreciaba a los paqueteros que habían invadido el barrio y cuya única meta en la India era sacar provecho material. Le gustaba rodearse de jóvenes viajeros, aventureros y artistas que iban al país con el mismo espíritu con el que ella llegó muchos años atrás. Fue al comienzo de todo, solía decir, cuando el Main Bazar todavía sin asfaltar se convertía en un río de barro durante el monzón. Entonces no había agua mineral, ni teléfono y los viajes duraban años. El barrio estaba lleno de yonkis, y muchos morían por sobredosis en los cuartuchos de sus hoteles. Ella recordaba a casi todos los que habían pasado por allí, a los muertos, a los vivos y muchas de sus historias. De alguna manera se consideraba la memoria viva del barrio. Quizá por ello, al empezar la temporada, seguía recibiendo a sus amigos con el mismo espíritu solidario de entonces, con mucho abrazo y celebración. Los veía marcharse emocionándose como una madre durante las despedidas y, cuando regresaban de sus viajes, escuchaba sus historias compadeciéndose con su voz aflautada de sus enfermedades y malas experiencias. Cuando Chandra y ella se volvieron a ver, después de varios años, se miraron como a través de un vidrio grueso y opaco, y apenas si intercam-

biaron unas palabras. Ella enseguida reconoció al hombre del que se había enamorado. Él la encontró lejana y envejecida y solo acertó a preguntarse si aquella historia había sido real. A partir de aquel encuentro procuraban evitarse cuando se veían. Por aquellos días, la australiana acababa de conocer a Gudrum, una alemana que había llegado hacía apenas unos días al Paharganj, sola, con su cámara y su mochila, y se había instalado provisionalmente en el Shiva, en una habitación básica y claustrofóbica. Su idea era marcharse enseguida a Benarés para encontrarse con unos amigos y, desde allí, emprender un fabuloso viaje de dos meses siguiendo el curso del Ganges hasta su desembocadura. Quería fotografiar el recorrido con vistas a hacer una exposición en Hamburgo. Enseguida, y casi sin darse cuenta, cayó en la tela de araña del Cosla, donde se pasaba gran parte del día en la mesa de la australiana fumando porros y guiñando mucho los ojos detrás de sus grandes gafas, sin dejar de sonreír ante el espectáculo constante que ofrecía el barrio. Desde el primer momento la australiana sintió debilidad por esa mujer despistada e impresionable que aparecía todas las mañanas con su cámara de fotos, ajena a la expectación que despertaba, y fumaba nerviosa mientras hacía preguntas sobre la India que hacían reír a todos los de la mesa. Gudrum y su viaje se convirtieron en el centro de atención de la australiana que se desvivía por ayudarla en su periplo, aconsejándola y proporcionándole todo tipo de información, que ella escuchaba sonriente pero con escaso interés. Su cabeza siempre parecía estar en otro sitio muy lejos de

las conversaciones planas y un tanto afectadas de su amiga y los contertulios. Pasaron así varios días hasta que, muy poco antes de la fecha prevista de su partida, Gudrum anunció, ante la sorpresa de todos, que no se marchaba. Poco después se supo que el motivo de tal decisión era Chandra, al que había conocido en una de sus excursiones al Fuerte Rojo junto con otros huéspedes del Shiva y del cual se había enamorado locamente. La australiana no dijo nada y con una fría y despectiva sonrisa se tragó el desplante. Sabía por experiencia la pasión que Chandra podía despertar en una mujer y se regocijó pensando que la alemana también sufriría su efecto devastador. Luego se olvidó de ella. Poco después el sitio de Gudrum en la mesa del Cosla fue ocupado por un belga, antiguo conocido suyo, y luego otros fueron llegando.

Gudrum pasó sus casi dos meses de vacaciones entre el Main Bazar y el motorickso de Chandra, desde donde conoció las calles de Delhi a toda velocidad. Durante ese tiempo fotografió con pasión las fachadas sucias y corroídas del Paharganj, su aire espeso de polvo y fritangas, sus rostros, su mugre y sus basuras. Luego, al caer la tarde, cuando Chandra volvía de hacer sus últimas carreras, la encontraba muy sonriente, esperándolo sentaba en las escaleras de entrada del Camran, hablando con Varun o Khan. Desde el primer momento Chandra se sintió desbordado por la pasión de esa mujer tan alta, de mirada un poco perdida y risa nerviosa que man-

chaba su cuello de carmín y lo rodeaba sin pudor delante de todos con sus largos brazos, como si temiese perderlo. Fue él quien tuvo que quitarle la idea de quedarse a vivir en el Paharganj y buscarse un trabajo en Delhi como pretendía. A cambio, le prometió que iría a verla a Hamburgo y allí decidirían. Gudrum aceptó solo si se compraba ya su billete. Después se marcharon a Agra a conocer el Taj Mahal, antes de regresar a Alemania. Y ella añadió a su colección de fotos el monumento al amor eterno con Chandra delante, de perfil, sentado, y mirando doloridamente hacia el horizonte. Regresó con los ojos rojos de llorar y durante todo el viaje en tren, mantuvo su cabeza apoyada en el hombro de Chandra enternecido ante ese amor loco que había puesto su vida patas arriba. Antes de marcharse, Gudrum regaló fotos a todos: al personal del Cosla, a los del Shiva, también a Varun sonriente junto al teléfono de la recepción, y a Khan sentado en su silla con la carpeta donde apoyaba el papel de sus cartas, y a dos rusas montadas en el rick-sow de Chandra riendo entre los paquetes. En el Camran le organizaron una cena de despedida con una tarta y bengalas. Chandra la acompañó en el motorickso donde había pegado un corazón y el nombre de Gudrum en letras color rosa chicle junto a la estampa de Ganesh. Ella llevaba en su mochila el olor del barrio, un cuaderno lleno de empalagosas dedicatorias y cincuenta carretes donde había quedado reflejado el escenario de su pasión. Se despidieron a la entrada del aeropuerto, frente al guardia de seguridad, que solo dejaba entrar a los viajeros con billete, y ante la multitud que esperaba a los

que llegaban, con un largo y apretado abrazo digno de la mejor película. Se fue antes del Dipawali, cuando en Delhi se empezaban a poner los adornos y las luces y se preparaban los dulces de la fiesta. Poco tiempo después, cuando ya colgaban mustios los farolillos de colores, Chandra voló a Hamburgo. Atrás dejaba la vida que le gustaba, sencilla, sin grandes miras, ni ambiciones, una vida de horizonte escaso que nunca había querido agrandar. Dos meses más tarde regresó más delgado, con la expresión de aquel que ha visto la otra cara de las cosas. Decía que ese mundo era más de lo que podía soportar un hombre con sentido común. A pesar del amor, no acababa de encontrarse y llegó a sentirse enfermo de nostalgia y de soledad en esa ciudad opulenta y organizada. Volvió otra vez al Paharganj y retomó su antigua rutina intentando recomponer su vida y comprender lo que le había ocurrido. Por las noches iba al cine con Varun, y si este no podía, mandaba a alguno de los niños para que lo acompañase a ver a Amitabh Bachchan, aunque ya no se reía como antes, ni le conmovían de igual manera las historias de amor. Pasado un tiempo Gudrum volvió; esta vez sin la cámara, seria, decidida, y solo por unos días. Se instaló fuera del barrio, en un hotel caro y cómodo de Connaught Place. Chandra y ella mantuvieron largas conversaciones. Salían los dos en el motorickso hacia algún lugar tranquilo para poder hablar. Se les veía a lo lejos, Gudrum con sus pantalones amplios y sus sandalias, pálida, los labios trémulos, sin pintar, y Chandra, bajito y fornido, su pelo negro y abundante y su casaca gris de conductor; luego se sentaban con las cabe-

zas muy juntas y hablaban con las manos entrelazadas. De vez en cuando Gudrum se pasaba el pañuelo para secarse las lágrimas ante la mirada dolorida de Chandra. Neru Park y el planetario fueron el escenario mudo de aquellos días intensos, de paseos y discusiones, de llantos y razonamientos. Lo convenció y regresaron juntos. Al poco tiempo se supo que se habían casado y que Chandra trabajaba en una fábrica de piezas de repuesto de coches, a las afueras de Hamburgo. Ganaba un buen dinero y vivía en un pequeño apartamento cómodo y moderno con Gudrum que estaba organizando su exposición de fotografías sobre el Paharganj. Cuando Chandra regresaba a la India para ver a la familia se quedaba unos días con Varun y Khan. El Camran no admitía clientes indios, sin embargo, con Chandra se hacía una excepción. Varun le reservaba una de las celdas del pasillo. Por las tardes, se sentaba como siempre en la puerta y saludaba a los conocidos, y cuando estos le preguntaban que qué tal en Alemania, él les contestaba que muy bien. Tenía un buen trabajo en una fábrica y ganaba suficiente dinero. ¡Vaya suerte que has tenido, Chandra!, le decían, y él contestaba que aquello no estaba mal, pero enseguida cambiaba de conversación; luego se quedaba mirando el Main Bazar con un fondo de tristeza en los ojos. A veces le pedía el motorickso a su primo, que había conservado la pegatina con el nombre de Gudrum, y se pasaba la tarde haciendo carreras. «Nada se parece a la India —decía a la vuelta—. Es única.» Luego los niños traían la comida y cenaban Varun, él y Khan mirando la televisión. Varun le preguntaba: «¿Comes chapa-

tis?». «En Alemania no se come con chapatis», respondía Chandra. «Yo no podría vivir sin chapatis», decía Varun, y Chandra levantaba los hombros y suspiraba. Algunas noches, Camran primero acababa la partida tan borracho que tenían que subirlo entre los tres en su moto porque se negaba a dormir en el hotel. Le ponían el casco, lo colocaban bien recto con las manos en el manillar, se la arrancaban y se iba a su casa como un robot. «Hasta esto echo de menos», decía Chandra.

Cada vez que Chandra se marchaba, Varun decía: «Qué mala suerte ha tenido Chandra de conocer a esa alemana. ¿Para qué marcharse? Si aquí hay de todo. La India es lo mejor. ¿Qué hace uno dando vueltas por ahí fuera? Los matrimonios mixtos no funcionan». Haber vivido tanto tiempo entre extranjeros había reforzado esa convicción. Eran demasiado diferentes a los indios. «Un indio, por pobre que sea —decía—, se esfuerza por ir bien vestido, bien calzado, con el pelo bien cortado y limpio. En cambio los extranjeros que pagan por venir aquí lo que un indio gana en un año, mira como van, como pordioseros. Quién entiende eso. Las mujeres hablan y se comportan como los hombres. Una mujer india nunca haría lo que ellas, y un indio nunca se acostumbraría a que su mujer bebiese, fumase y lo tratase como a un igual.» Era así y no había que darle más vueltas. Siempre resultan un fracaso esos matrimonios. De las clientas del hotel, Varun decía: «Esta bebe mucho, esta es demasiado gorda, esta flaca, esta es como un

hombre, y ninguna sabe hablar inglés; solo la australiana, pero esa —decía—, es mayor, aunque es muy educada». Mi mujer hablará inglés y no será flaca, lo decía con tanta seguridad que nadie dudaba de ello. Khan nunca decía nada de los clientes. Era silencioso y discreto, y cuando hablaba lo hacía en voz baja, tanto que a veces costaba oírle. Su trato con los huéspedes era diferente al de Varun; siempre en segundo plano. Vestía de kurta y pijama, y como era alto y delgado tenía muy buena facha. «¡Qué bueno está Khan!», decían las clientas. Khan tenía la nariz recta, los ojos muy negros y los rasgos muy finos. Todos imaginaban a su novia guapa, muy seria y formal; lista y discreta como él. Solo Varun había visto una foto suya y decía que en verdad era muy guapa. Khan la conocía desde pequeño porque eran del mismo pueblo de Uttar Pradesh e iba a verla una o dos veces al año. Llevaba siempre su foto en la cartera, y no se la enseñaba a nadie, solo a Varun. Tampoco salía a cenar con los huéspedes, porque estaba ahorrando para casarse cuanto antes, aunque decía Varun que, con lo que ganaba, le faltaban todavía un montón de años y que él no podía compartir las comisiones porque eran cosa suya. Pero Khan no se impacientaba, ni se enfadaba. Se quedaba en el hotel y sustituía a Varun cuando este salía. Nunca bebía alcohol. Leía tebeos y bromeaba, pero siempre con cara seria, aunque a veces se sonreía, como si esa seriedad fuese un poco fingida. Hacía cinco o seis años que Khan trabajaba en el hotel, pero parecía que llevaba toda la vida allí sentado, junto a la entrada, desde donde miraba caer la tarde ruidosa y polvorienta

del Main Bazar, siempre tranquilo con sus tebeos y sus dibujos, la foto de su novia en la cartera, y sus bromas suaves y en voz baja. A todos les caía bien Khan y a todos les gustaba encontrárselo cuando llegaban y bromear un rato con él porque, aunque viviese en su mundo, era una persona cercana.

De Macarena, Varun decía que, además de lo fea que iba vestida, parecía un hombre por su vozarrón que se oía desde muy temprano pidiendo el agua para la ducha y por las noches hablando y riendo con los amigos. Solía llevar botas de escalador y pantalones de tela blanda, siempre un poco cortos, que dejaban ver los tobillos muy blancos. Tenía, además, unas manos gruesas, llenas de anillos, que le regalaban joyeros amigos suyos, y el pelo teñido de henna, suelto o recogido en un moño muy aparatoso. Macarena, cuando decía lo bueno que estaba Khan, cerraba los ojos con fuerza como si mirase muy dentro de ella. Al volver de sus compras, solía sentarse en el banco de la recepción con las piernas estiradas, se fumaba un pitillo y, mientras les gastaba bromas a los niños, miraba a Khan que respondía a sus miradas sin alterar el gesto. Casi siempre estaba de buen humor y su voz ronca y sus carcajadas resonaban por todo el hotel. Aunque vivía en Badalona, andaba siempre de un lado a otro vendiendo por los mercadillos y, como muchos otros clientes que se dedicaban al negocio, viajaba a la India las veces que este lo exigiera. En el Camran solía reservar habitaciones con